NIKOLÁI SEMIÓNOVICH LESKOV

LA PULGA DE ACERO



Nikolái Semiónovich Leskov



Nikolái Semiónovich Leskov

La pulga de acero



Nikolái Semiónovich Leskov

Nació el 4 de febrero de 1931 en San Petersburgo (Rusia). Fue escritor y periodista. Trabajó como escribiente en el juzgado penal de su ciudad y después como agente comercial en Kiev. Debido a su trabajo, viajó por toda Rusia, lo cual le sirvió para su formación como escritor. También aprendió ucraniano, polaco y leyó sobre filosofía y economía. En 1861 se mudó a San Petersburgo, donde trabajó como periodista.

En su producción literaria destacan títulos como *Vida de una mujer de pueblo* (1863), o la novela corta *Lady Macbeth de Mtsensk* (1865), que inspiró una ópera del mismo título de Dimitri Shostakovich. *La pulga de acero* (1881) está considerada la mejor pieza corta de Leskov, y una de las cumbres de la literatura rusa del XIX. *Gentes de la Iglesia*, (1872); *El ángel sellado* (1873), donde además relata las curiosas peripecias de un icono confiscado. Además, escribió varios cuentos como *Viejos años en la aldea Plodomásovo* (1869), *Familia venida a menos* (1874) y *Antigüedades de Pechersk* (1883).

Murió el 21 de febrero de 1895 a la edad de 64 años en San Petersburgo. A pesar de que su obra fue incomprendida en su época, es considerado por sus muchos de sus compatriotas, como el escritor más ruso de todos los escritores rusos. Por ello, que escritores como Máximo Gorki lo catalogó como «el autor más profundamente enraizado en el alma popular, y más libre de influencias extranjeras de la historia de la literatura rusa» y Antón Chejov reconoció que fue su más genuino maestro.

La pulga de acero
Nikolái Semiónovich Leskov

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Melissa Tatiana Mendoza Gómez
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

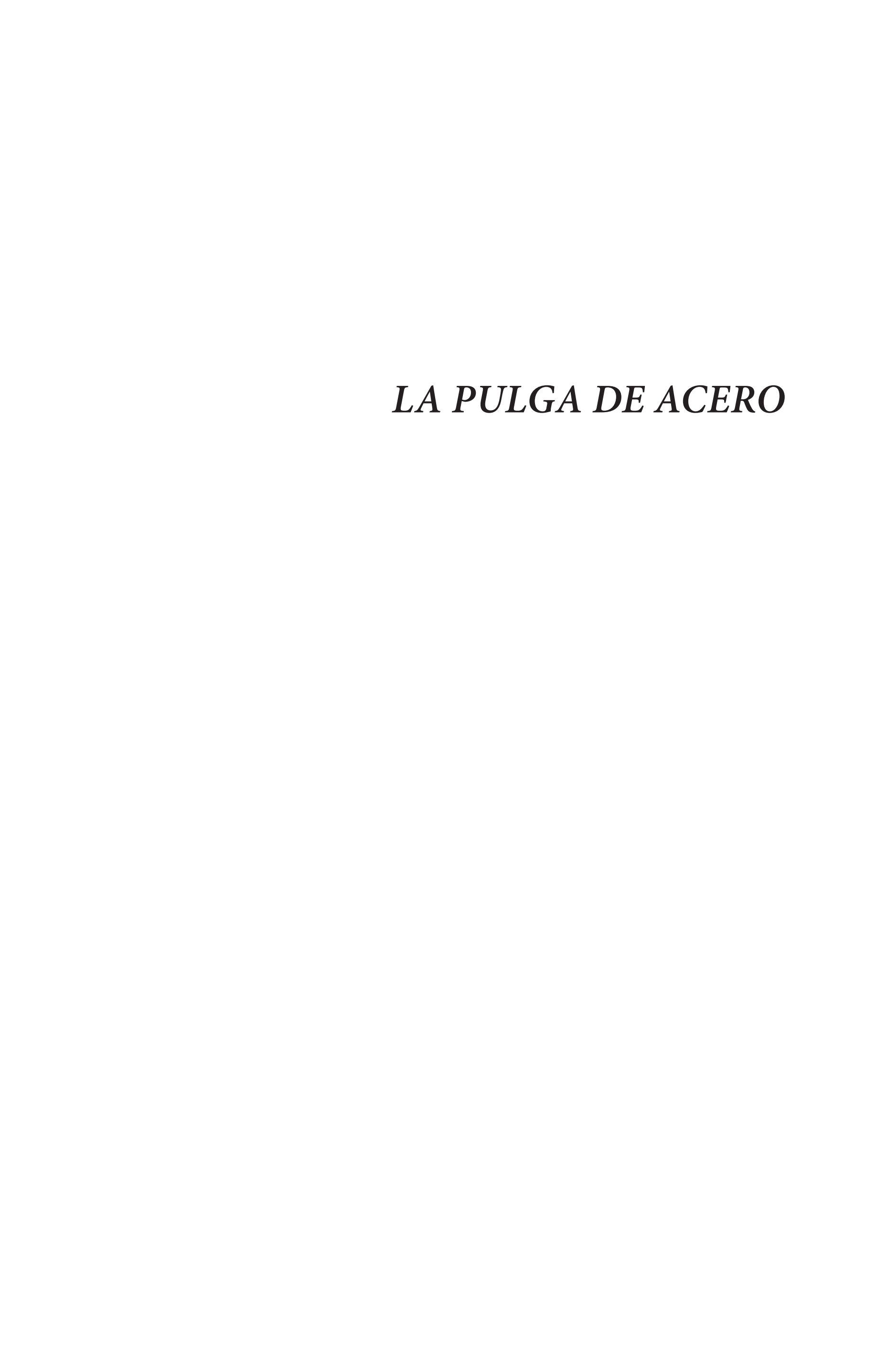
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LA PULGA DE ACERO

I

Cuando el emperador Alejandro I hubo terminado el Consejo de Viena, quiso viajar por Europa y observar prodigios en diferentes naciones. Recorrió numerosos países y en todas partes, merced a su afabilidad, mantenía siempre conversaciones de lo más apasionadas con todo tipo de gente. Y todos, de una manera u otra, le asombraban y querían llevárselo a su terreno. Pero estaba con él un cosaco del Don Platov,[1] al que estas inclinaciones no le gustaban nada y, nostálgico de su hacienda, trataba de convencer al soberano de que ya era hora de regresar al hogar. En cuanto Platov percibía que el soberano se interesaba mucho por algo extranjero, mientras los demás acompañantes callaban, él decía: «Se mire como se mire, lo que nosotros tenemos en casa no es peor». Y con cualquier excusa se lo llevaba de allí.

Los ingleses estaban al tanto de lo que ocurría y de cara a la llegada del soberano idearon diferentes ardides

---

1 Conde Mateo Ivanovich Platov (1751-1818), atamán de los cosacos del Don, general de caballería, famoso por su actuación en la guerra de 1812. Acompañó a Alejandro I en su viaje a Londres.

para cautivarle con lo foráneo y apartarle de los rusos. En muchas ocasiones lo consiguieron, sobre todo en las grandes reuniones, donde Platov no podía expresarse satisfactoriamente en francés. Algo que a él le importaba poco, ya que era un hombre casado y consideraba las conversaciones en francés mera cháchara. Pero cuando los ingleses empezaron a invitar al soberano a sus depósitos militares, fábricas de armas y aserraderos de jabón para demostrar su superioridad sobre nosotros en todos los campos y así vanagloriarse, Platov se dijo: «¡Basta! Hasta aquí he aguantado, más es imposible. Sepa o no sepa hablar, yo a los míos no los traiciono».

No había acabado de decirse semejantes palabras, cuando el soberano le anunció: «Mañana nos vamos tú y yo a ver su colección de armas antiguas. Allí hay artefactos de tal perfección, que cuando los veas dejarás de discutir que nosotros, los rusos, con todo nuestro valor, no valemos nada».

Platov no respondió al soberano, se limitó a hundir la nariz aguileña en su deshilachada capa de fieltro, y se marchó a su habitación. Pidió al ordenanza la

cantimplora de *kizliarka*[2] que llevaba en el baúl, se sirvió un buen vaso, rezó a Dios ante el icono plegable de viaje, se envolvió con la capa y roncó de tal manera que nadie en toda la casa pudo dormir. «Mañana será otro día», pensó.

2 Vodka típico del norte del Cáucaso obtenido por destilación de una mezcla de diferentes frutas (manzanas, peras, ciruelas y albaricoques).

II

Al día siguiente, el soberano y Platov fueron al Museo de Antigüedades. El Zar no llevó consigo a ningún otro ruso porque le dieron un carruaje de dos asientos.

Llegaron ante un gran edificio cuya entrada era indescriptible; los corredores, interminables; y las estancias, infinitas. Al final, en la sala principal, había enormes *espeterañas* diferentes y en medio, bajo un *valdaquino,*[3] un *Abolo de Malvedere*.

El soberano miró de reojo a Platov intentando averiguar si estaba o no asombrado y en qué se fijaba, pero este caminaba con la mirada perdida, como si no viera nada; lo único que hacía era atusarse los bigotes.

Los ingleses comenzaron inmediatamente a mostrar diferentes maravillas y a explicar cómo las habían adaptado a las necesidades militares: *tormentómetros* marítimos, abrigos de lana de *camhielo* para los

3 La «v» del baldaquino corresponde a los valaquios, los naturales del Principado de Valaquia, a orillas del Dniéster.

regimientos de infantería e *impermeablés*[4] para los de caballería. El soberano se regocijaba con todo, todo le parecía estupendo, pero Platov contenía su *excitaspera*, como si para él nada de aquello tuviera importancia.

—¿A qué se debe esta frialdad tuya? —le increpó el soberano—. ¿Es posible que no haya aquí nada que te sorprenda?

—A mí de aquí solo me asombra una cosa —respondió Platov—: que mis chicos del Don lucharan sin nada de esto y expulsaran a las veinte lenguas.

—Eso es un desatino —se quejó el soberano.

—No sé a qué atribuirlo, pero no me atrevo a discutir, así que debo callar —contestó Platov.

Los ingleses, viendo el rifirrafe, condujeron sin pérdida de tiempo al soberano hasta el mismísimo Abolo de Malvedere y cogieron de una de sus manos un fusil Mortimer y, de la otra, una pistola.

---

4 Leskov termina la palabra rusa correspondiente a «impermeable» remedando el francés, que era lo elegante por aquel entonces.

—Fíjense qué calidad tienen nuestros productos —dijeron, y a continuación le ofrecieron el fusil.

El soberano observó el fusil Mortimer sin inmutarse, porque tenía varios iguales en Tsarskoe Selo. Después le dieron la pistola y le dijeron:

—Esta pistola es obra de un artesano desconocido e inimitable, único en su género. Uno de nuestros almirantes la arrancó del cinturón del jiefe de una banda de ladrones en Candelabria.

El soberano la miró, la remiró, y no se cansaba de contemplarla. Y, por fin, se deshizo en exclamaciones:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo es posible! ¡Cómo se puede hacer algo tan sumamente delicado! —Y volviéndose a Platov, le dijo en ruso— ¿Ves? Si yo tuviera un solo artesano como este en Rusia, sería enormemente feliz y me enorgullecería tanto que a ese maestro le mostraría inmediatamente mi agradecimiento.

Platov, ante esas palabras, en ese mismo instante metió la mano derecha en sus amplios zaragüelles y sacó un destornillador de armas. «Esto no se abre», le dijeron

los ingleses. Pero él, sin hacer el menor caso, se puso a hurgar en el cierre. Le dio una vuelta, le dio dos vueltas y el cerrojo saltó. Platov enseñó al soberano el gatillo, y allí, en la *ocurva,* había una inscripción en ruso que rezaba: «Iván Mosquín, en la ciudad de Tula».

—¡Vaya, erramos el golpe! —comentaban los ingleses entre ellos.

Pero el soberano dijo con tristeza a Platov:

—¿Para qué los desconcertaste? Ahora siento mucha lástima por ellos. Vámonos.

Se sentaron otra vez en el mismo carruaje de dos asientos y se fueron. Esa tarde, mientras el soberano estaba en el baile, Platov se ventiló un vaso de vodka aún mayor que el de la víspera y durmió profundamente, como buen cosaco.

Estaba contento de haber turbado a los ingleses y de haber dejado en buen lugar al artesano de Tula, pero también estaba disgustado: ¡A santo de qué el soberano compadecía a los ingleses en semejante situación!

«¿Por qué lo ocurrido afligió al soberano? —pensó Platov—. No entiendo nada». Y con estos razonamientos se levantó dos veces, se persignó y bebió vodka, hasta que el sueño se apoderó de él.

Al mismo tiempo, los ingleses tampoco dormían; también ellos estaban dándole vueltas al asunto, y mientras el soberano se divertía en el baile, ellos se dedicaron a tramar una maravilla tal que dejaría a Platov sin palabras.

III

Al día siguiente, en cuanto Platov apareció ante el soberano para darle los buenos días, este le dijo:

—Que preparen ahora mismo el carruaje de dos asientos. Vamos de nuevo a visitar museos de curiosidades.

Platov incluso reunió coraje para decir que no estaba de acuerdo, que si no sería mejor volver a Rusia que mirar productos extranjeros, pero el soberano le replicó:

—No, yo todavía quiero ver otras novedades; me elogiaron su azúcar, de primera calidad.

Y para allá que fueron.

Los ingleses se lo enseñaron todo al soberano: ¡Qué variedades de primera clase! Platov miraba, miraba y de pronto dijo:

—¡Enséñennos sus fábricas de azúcar molvo![5]

Pero los ingleses no sabían qué era eso del azúcar molvo. Cuchicheaban entre ellos, se hacían guiños, se repetían el nombre unos a otros como para hacer memoria: «molvo, molvo», pero les resultaba incomprensible que hiciéramos semejante azúcar, y tuvieron que reconocer que tenían todos los azúcares excepto el «molvo».

—Entonces no tienen de qué presumir —dijo Platov—. Vengan a visitarnos y les hartaremos de té con auténtico azúcar molvo de la fábrica de Bobrinski[6].

El soberano le tiró de la manga y le musitó: «Por favor, no eches a perder mi política».

Entonces, los ingleses invitaron al soberano al último de los museos de curiosidades. Aquel en el que habían reunido minerales y *ninfusorias* de todo el mundo, desde la más enorme de las *cerámides* egipcias hasta una pulga subcutánea, imposible de ver a simple vista, solo perceptible cuando pica entre la piel y el cuerpo.

---

5 De la fábrica Y. P. Molvo que había en San Petersburgo (1810-1820).

6 Es un anacronismo, porque esta fábrica empezó a funcionar en la región de Kiev en 1830.

El soberano se puso en marcha.

Examinaron minuciosamente las *cerámides* y todo tipo de animales disecados, y cuando se iban, Platov se dijo a sí mismo: «Gracias a Dios, todo salió a pedir de boca. No hubo nada que entusiasmara al soberano».

Pero al llegar a la última habitación, les esperaban en formación los trabajadores, uniformados con chalecos y delantales, sujetando una bandeja en la que no había nada.

El soberano se sorprendió de que le presentaran una bandeja vacía.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Esto, Su Majestad, es nuestro humilde regalo —respondieron los artesanos ingleses.

—Pero ¿qué es?

—Por favor —dijeron—, tenga la bondad de mirar la motita de polvo.

El soberano miró y vio que, efectivamente, en la bandeja de plata reposaba la más insignificante de las motas de polvo.

—Tenga la bondad de mojar el dedo con saliva y ponerla en la palma de la mano —le indicaron los trabajadores.

—¿Y para qué quiero yo esta mota de polvo?

—Esto no es una mota de polvo —respondieron—. Es una ninfusoria.

—¿Viva?

—De ninguna manera —respondieron—, no está viva. Es un simple trozo de puro acero inglés que nosotros hemos forjado con forma de pulga, y en el centro tiene un mecanismo y un resorte para darle cuerda. Tenga la bondad de girarlo con la llavecita, y empezará a bailar una *danse.*

Al soberano le picó la curiosidad y preguntó:

—¿Y dónde está la llave?

—Aquí —señalaron los ingleses—. La llave está ante sus ojos.

—¿Por qué no la veo? —preguntó el soberano.

—Porque para eso se necesita un *pequescopio* —respondieron.

Le dieron un *pequescopio* y el soberano comprobó que, efectivamente, al lado de la pulga, sobre la bandeja, reposaba una llavecilla.

—Tenga la bondad de cogerla en la palma de la mano —dijeron—. En la panza tiene un orificio para darle cuerda. Hay que dar siete vueltas a la llave, y entonces comenzará una *danse*.

A duras penas, el soberano consiguió pillar la llave y sujetarla entre los dedos índice y pulgar. Cogió la pulga con el otro pulgar y en cuanto introdujo en ella la llave, sintió que comenzaba a mover las antenas y después a agitar las patitas, y por fin, de pronto, saltó, y de un brinco hizo una *danse* directa y dos *probariaciones* a un lado, y después al otro, y así, en tres *probariaciones*, bailó por todo el escenario.

Inmediatamente, el soberano ordenó que se diera a los ingleses un millón en la moneda que ellos quisieran: si lo deseaban, en monedas de plata de cinco kópeks o si no, en billetes pequeños.

Los ingleses le pidieron que les diera plata porque no conocían el valor del papel moneda, e inmediatamente dieron otra muestra de su picardía: entregaron la pulga, pero no trajeron el estuche, y sin estuche era imposible conservarlas ni a ella ni a la llavecita porque se perderían y las tirarían con las barreduras. El estuche en cuestión consistía en un diamante puro con forma de nuez, en cuyo centro habían tallado un hueco para la pulga. No se lo dieron porque, según decían, el estuche era algo así como patrimonio nacional, y en lo concerniente a los bienes del Estado eran muy rigurosos, y estaba prohibido donarlos, incluso al soberano.

—¿A qué viene este engaño? —explotó Platov—. Hicieron el regalo y recibieron por él un millón. ¡Todo les parece poco! El estuche va siempre incluido.

—Déjalo, por favor —intervino el soberano—, esto no es asunto tuyo. Y no me estropees mi política. Ellos tienen sus costumbres. ¿Cuánto cuesta la nuez en la que se guarda la pulga? —les preguntó.

Los ingleses le pidieron por ella cinco mil más.

Alejandro I dijo: «Págalos». Y él mismo colocó la pulga en la nuececilla, y con ella la llavecita, y para no perder la propia nuez, la colocó en su tabaquera de oro, y la tabaquera la metió en su cofre de viaje, el cual estaba completamente cubierto de nácar y espina de pescado. El soberano despidió a los artesanos ingleses con honores diciéndoles: «Son los mejores artesanos del mundo, y frente a ustedes mi gente no tiene nada que hacer».

Con eso quedaron muy satisfechos, y Platov no pudo decir nada en contra de las palabras del soberano. Se limitó a coger el *pequescopio* sin decir ni pío y a meterlo en su bolsillo porque, se dijo, «también va incluido, y ya nos han sacado suficiente dinero».

El soberano no supo nada de esto hasta que no llegaron a Rusia, hacia donde partieron al poco tiempo porque los asuntos militares habían llenado al soberano de melancolía y quería confesarse en Taganrog con el pope Fedot[7].

7 El «pope Fedot» no surgió de la nada: el emperador Alejandro I antes de su muerte en Taganrog se confesó con el pope Alexéi Fedotov-Chejovski, quien después de aquello se autodenominaba «confesor de Su Majestad» y presumía siempre que podía de lo que no había sido otra cosa que una casualidad. Es evidente que el legendario «pope Fedot» es este Fedotov-Chejovski.

En el camino, el soberano y Platov mantuvieron pocas conversaciones agradables, porque se habían hecho ideas completamente diferentes: el soberano consideraba que los ingleses no tenían iguales en el arte y Platov insistía en que los nuestros eran capaces de hacer todo lo que se propusieran, solo que no habían recibido una formación provechosa. Y quería hacer ver al soberano que los artesanos ingleses se rigen por otras normas de vida, ciencia y producción, que cada persona controla absolutamente todas sus circunstancias, y que por eso tienen una forma de pensar diferente.

El soberano no quería oír estas cosas, y Platov, en vista de ello, no insistió. Así que continuaron el viaje en silencio. Platov se apeaba en cada posta y, enfadado, bebía vodka en vasos de *kvas*[8], picaba cabrito en salazón, fumaba su pipa de madera hecha de raíz, la cual quemaba inmediatamente una libra de tabaco de la fábrica *petersburguesa* de Zhukov, y después se sentaba junto al Zar en silencio. El soberano miraba hacia un lado y Platov sacaba su *chibuquí* por la otra ventana, echando el humo al viento. Así fueron hasta Petersburgo. Y a la visita al pope Fedot, el soberano ya no llevó a Platov.

---

8 El kvas es una bebida refrescante producto de la fermentación de pan negro, y normalmente se sirve en vasos grandes, como de agua.

—Tú —le dijo— no tienes la contención necesaria para un encuentro espiritual, además fumas demasiado. Tanto que, por culpa de tu humo, tengo la cabeza llena de hollín.

Platov se quedó ofendido y se fue a casa a tumbarse en el lecho del despecho, donde permaneció tumbado fumando tabaco Zhukov sin descanso.

IV

La asombrosa pulga de acero inglés pavonado permaneció en posesión de Alejandro I hasta el fallecimiento de este en Taganrog, en el cofrecillo recubierto de espinas de pescado que había sido entregado al pope Fedot para que este, a su vez, se lo entregara a la soberana más adelante, cuando esta se serenara. La emperatriz Yelisaveta Alexeyevna observó las *probariaciones* de la pulga y sonrió, pero no se ocupó más de ella.

—Mis asuntos ahora son los de una viuda, y ningún entretenimiento me seduce —dijo. Y de regreso a Petersburgo, entregó en herencia al nuevo soberano esa rareza con todas las demás joyas.

El emperador Nicolás I, al principio, tampoco prestó atención a la pulga, ya que su proclamación coincidió con ciertas revueltas. Pero después, un día que se dispuso a revisar el cofre que había heredado de su hermano, sacó de él la tabaquera, y de la tabaquera la nuez de brillantes, y dentro de ella encontró la pulga de acero, la cual

hacía tanto tiempo que no era puesta en marcha que no funcionaba, y yacía tranquilamente, como entumecida.

El soberano la miró y se extrañó.

—¿Qué es esta insignificancia y por qué la guardaba mi hermano de semejante manera?

Los cortesanos querían tirarla, pero el soberano dijo: «No, esto algo significa».

Llamaron a un químico de la farmacia que está frente al puente Anichkin, que pesaba venenos en las más pequeñas de las básculas, y se la enseñaron. Él cogió la pulga, la puso en la lengua y dijo:

—Siento frío, como de un metal pesado —dijo. Y tras mordisquearla ligeramente, prosiguió—: Con el debido respeto, esto no es una pulga auténtica, es una *ninfusoria*, y está hecha de metal, y el trabajo no es nuestro, no es ruso.

El soberano ordenó entonces averiguar de inmediato la procedencia y el significado de aquello.

Se emplearon a fondo en mirar en los archivos y en los registros, pero no había nada anotado. Entonces empezaron a preguntar a unos y a otros, pero nadie sabía nada. Por suerte, todavía estaba vivo el cosaco del Don, Platov, es más, seguía tumbado en su lecho del despecho y fumando en pipa. En cuanto oyó que en Palacio les aquejaba aquel desasosiego, se levantó del lecho del despecho, tiró la pipa y apareció ante el soberano con todas sus condecoraciones.

—¿Qué necesitas de mí, valeroso anciano? —le dijo el soberano.

—Yo, su altesa —respondió Platov—, para mí no necesito nada, ya que puedo comer y beber cuanto quiero, y estoy a bien con todos. Vengo a informar —prosiguió— acerca de esa *ninfusoria* que hallaron, tal y como sucedió ante mis ojos en Inglaterra. Además, con ella hay una llave, y yo tengo aquí el *pequescopio*, con el cual puede verse. Con la llave se puede poner en marcha la *ninfusoria*, que saltará a cualquier superficie y hará *probariaciones* hacia los lados.

La pusieron en marcha y se puso a saltar.

—Esto, su altesa —dijo Platov—, desde luego es un trabajo muy fino e interesante, pero no debemos emocionarnos con él, tenemos que llevarlo a que lo revisen los rusos en Tula o en Sesterberk —por aquel entonces, Sestroretsk aún era conocido como Sesterberk— para ver si nuestros artesanos pueden o no hacerlo mejor, y que los ingleses no se pavoneen ante los rusos.

El zar Nicolás I tenía una gran confianza en sus súbditos rusos, y no le gustaba ceder ante ningún extranjero, por eso respondió a Platov:

—Has hablado muy bien, valeroso anciano. Te hago responsable de este asunto. A mí, con las preocupaciones que tengo ahora, esta caja no me hace ninguna falta. Llévatela tú contigo; y no vuelvas a tumbarte en el lecho del despecho. Regresa al apacible Don y entabla allí conversaciones con mis súbditos de esas tierras respecto a su vida, sus devociones y sus gustos. Y cuando pases por Tula, enseña a mis artesanos esta *ninfusoria*, y que reflexionen sobre ella. Diles de mi parte que mi hermano se asombraba con estas cosas y que ponía por las nubes a los extranjeros que fabricaron la *ninfusoria*, pero que yo confío en mi

propia gente, que no son peores que nadie. Seguro que mis palabras no caen en saco roto y hacen algo.

V

Platov cogió la pulga de acero y al pasar por Tula, camino del Don, se la enseñó a los armeros de la ciudad y les transmitió las palabras del soberano.

—¿Y ahora qué hacemos, hermanos en la fe ortodoxa? —les preguntó.

—Nosotros, padrecito —contestaron los armeros—, apreciamos las benévolas palabras del soberano y no le olvidaremos nunca ya que él confía en su gente. Pero no podemos decir de buenas a primeras qué vamos a hacer en este caso, ya que la nación inglesa tampoco es tonta, sino más bien bastante hábil, y su arte es muy reflexivo. Contra ellos hay que actuar con mucha sensatez y contando con la bendición de Dios. Tú, si eres tan benévolo como nuestro soberano y confías en nosotros, ve a tu casa, al apacible Don, y déjanos a nosotros esta pulga tal como está, en el estuche y en la tabaquera de oro del Zar. Diviértete en el Don y cúrate las heridas recibidas por la patria, y cuando pases por Tula de regreso, detente

y manda a buscarnos: para entonces, Dios lo quiera, algo habremos ideado.

A Platov le incomodaba que necesitaran tanto tiempo y que además no dijeran con claridad qué era exactamente lo que pretendían hacer. Les preguntó por activa y por pasiva, y con la astucia propia de las gentes del Don los mareó con su conversación; pero en astucia los de Tula no se quedaban atrás. Y es que desde el principio concibieron tal idea que no confiaban en que Platov les creyera, por lo que preferían completar primero su audaz proyecto y después darlo a conocer.

—Ni nosotros mismos sabemos todavía qué haremos —dijeron—. Confiaremos en Dios, y esperamos no defraudar las palabras del Zar.

Platov discurría, y los de Tula también.

Platov se anduvo con mil y un rodeos pero no consiguió coger a los de Tula en ningún renuncio, así que les entregó la tabaquera con la *ninfusoria*.

—De acuerdo —les dijo—, no hay más que hablar. Será como digan. Los conozco, sé cómo son, y de todas

maneras, no tengo alternativa. Les creo, pero traten de no cambiar el diamante, y no estropeen el fino trabajo de los ingleses. No se demoren demasiado, porque yo regreso enseguida. Antes de dos semanas vuelvo del Don apacible a Petersburgo, y para entonces tengo que tener sin falta algo que pueda mostrar al soberano.

Los armeros le tranquilizaron plenamente:

—Ni vamos a estropear este fino trabajo ni vamos a cambiar el brillante —dijeron—. Dos semanas es tiempo más que suficiente para nosotros. Así que, cuando vuelvas, tendrás algo digno de enseñar a Su Majestad el Zar.

Dijeron esto, lo otro, lo de más allá, pero qué harían en concreto, eso, no lo dijeron.

VI

Platov abandonó Tula. Y tres armeros, los más hábiles de la ciudad, entre ellos, un zurdo bizco con un antojo en la mejilla y calvas en las sienes de los tirones que había recibido cuando era aprendiz, se despidieron de sus compañeros y familiares. Sin decir nada a nadie, cogieron los talegos, metieron dentro las provisiones necesarias y desaparecieron de la ciudad.

Lo único que se supo de ellos fue que no habían salido por la puerta de Moscú, sino por el lado contrario, en dirección a Kiev, por lo que pensaron que se dirigían allí a venerar a los santos muertos o a recibir consejo de alguno de los santos varones vivos que seguían abundando en Kiev.

Pero esto, que se aproximaba a la verdad, no era la verdad verdadera. Ni el tiempo, ni la distancia permitían a los artesanos de Tula ir andando a Kiev en tres semanas y además hacer un trabajo que humillara a los ingleses. Para rezar, habría sido mejor para ellos ir a Moscú, que solo distaba «dos veces noventa verstas» y también

contaba con no pocos santos. Mientras que en la otra dirección, había «dos veces noventa verstas» solo hasta Oriol, y de Oriol a Kiev todavía restaban sus buenas quinientas verstas. Semejante camino tan rápido no lo haces, y si lo haces, no te recuperas tan pronto: tendrás agujetas en las piernas y te temblarán las manos durante un buen tiempo.

Algunos incluso pensaron que los artesanos se habían excedido fanfarroneado ante Platov y que después, cuando reflexionaron, se acobardaron y huyeron llevando consigo la tabaquera de oro del Zar y el diamante y, en el estuche, la pulga de acero inglesa, causa de sus desvelos.

Sin embargo, semejante suposición tampoco tenía fundamento y era impropia de gentes experimentadas como estas en las que reposaba ahora la esperanza de la nación.

VII

Los de Tula son gente inteligente y experta en asuntos metalúrgicos, famosos también por ser muy entendidos en religión. Su gloria en este sentido se extiende por toda su tierra natal, y llega incluso hasta el sagrado Monte Athos: no son solo maestros en el canto ornamentado, también saben cómo se pinta el cuadro El toque de vísperas, y si algunos se consagran a un servicio más elevado y abrazan la vida monástica, entonces esos cobran fama de ser los mejores ecónomos del monasterio, y de entre ellos salen los limosneros más capaces. En el sagrado Monte Athos saben que los de Tula son la gente más provechosa, y que si no fuera por ellos, en los oscuros rincones de Rusia seguramente no se habrían visto muchas de las santas reliquias del lejano Oriente, y el Monte Athos se vería privado de muchas ofrendas fructuosas procedentes de la generosidad y la devoción rusas. Ahora los «tulienses de Athos» llevan reliquias por toda nuestra patria y hábilmente recogen los donativos, incluso donde no hay nada que coger. El hombre de Tula es un gran devoto, lleno de fervor eclesiástico, y eminentemente práctico en este terreno; por eso, los

tres maestros artesanos que se habían comprometido a apoyar a Platov, y con él a toda Rusia, no cometieron ningún error al dirigirse hacia el sur en lugar de a Moscú. No iban a Kiev, sino a Mtsensk, capital de distrito en la provincia de Oriol, en la que se encuentra el antiguo icono tallado en piedra de san Nicolás, que en tiempos remotos llegó hasta allí navegando por el río Zusha sobre una gran cruz también de piedra. El icono tiene un aspecto «amenazante y terrorífico». En él, el santo de Mira, en Licia, aparece representado de cuerpo entero, completamente vestido con un traje de plata bañada en oro, con el rostro sombrío, sujetando en una mano un templo y en la otra una espada, la de «la victoria en el combate». Precisamente esa «victoria» lo explicaba todo: san Nicolás, en general, y muy especialmente «el icono de Mtsensk», precisamente el que fueron a venerar los de Tula, es el protector del comercio y los asuntos militares. Oraron ante el icono y después ante la cruz de piedra, y por fin regresaron a su casa por la noche y, sin decir nada a nadie, se pusieron manos a la obra en el más absoluto secreto. Se fueron los tres hacia la casita del zurdo, trancaron las puertas, cerraron los postigos de las ventanas, encendieron una mariposa ante una imagen de san Nicolás y empezaron a trabajar.

Un día, dos, tres estuvieron allí dentro sin salir, dando golpes con sus martillitos. Estaban forjando algo, pero qué forjaban, nadie lo sabía.

Todo el mundo tenía curiosidad, pero nadie conseguía averiguar nada, porque los artífices no soltaban prenda ni se asomaban al exterior. Fueron hasta la casita gentes diferentes y llamaron a la puerta con distintos pretextos, como pedir fuego o sal, pero ninguno de los tres artesanos respondía a ninguna demanda, es más, de qué se alimentaban era un misterio. Probaron a asustarlos simulando que ardía una casa vecina, a ver si el susto les hacía salir a toda prisa y se podía ver lo que estaban fraguando, pero no hubo nada que sacara de allí a los tres astutos artesanos; solo el zurdo asomó la cabeza una vez y gritó:

—Quémense ustedes, nosotros no tenemos tiempo para eso. —Y ocultó de nuevo su pelada cabeza, cerró las contraventanas de un golpetazo y siguió con lo que estaba.

Lo único que consiguió la gente fue ver, a través de unas pequeñas rendijas, que en el interior de la

casa resplandecía el fuego, y oír el repiqueteo de finos martillos sobre los yunques.

En una palabra, todo el asunto se llevaba en un secreto tan absoluto que fue imposible averiguar nada. Y así se mantuvo hasta el regreso del cosaco Platov del apacible Don camino de la corte; porque durante todo ese tiempo, los artesanos no se vieron ni hablaron con nadie.

VIII

Platov viajaba con mucha prisa y pompa: él iba sentado en el interior del carruaje, y en el pescante había situado a dos *silbanzas* cosacos a ambos lados del cochero, al que fustigaban sin piedad con sus látigos de cuero, para que fuera al trote. Y si algún cosaco se adormitaba, el propio Platov desde el asiento le daba un puntapié y entonces corrían todavía más desbocados. Estas medidas de estimulación resultaban tan efectivas que no era posible frenar a los caballos en ninguna posta y siempre se pasaban cien pasos. Entonces, uno de los cosacos se aplicaba de nuevo sobre el cochero y así regresaban a la entrada.

De ese modo, rodaron hasta Tula, donde en un principio también se pasaron cien pasos de la puerta de Moscú, pero el cosaco hizo regresar al cochero a latigazo limpio, y en el mismo porche se dispusieron a enganchar los caballos de refresco. Platov no se apeó del carruaje. Se limitó a ordenar a un *silbanza* que trajera ante él, lo más rápido posible, a los maestros armeros a los que había confiado la pulga.

Un *silbanza* salió pitando para que vinieran lo más rápido posible y trajeran el trabajo que debía humillar a los ingleses. Apenas se había alejado unos metros, cuando Platov empezó a mandar tras él nuevos emisarios, uno tras otro, para acelerar las cosas lo más posible.

Puso en marcha a todos los *silbanzas* y cuando no hubo más, empezó a mandar a gente corriente de la curiosa muchedumbre; incluso él, de la impaciencia, sacó las piernas del carruaje e impaciente estuvo a punto de echar a correr, hasta le rechinaban los dientes. Nada le parecía suficientemente rápido.

Por aquel entonces, todo exigía velocidad y exactitud para no perder ni un minuto que pudiera resultar provechoso a Rusia.

IX

Los maestros de Tula, que hicieron una obra impresionante, justo acababan de terminar su trabajo. Los *silbanzas* llegaron hasta ellos jadeantes y la gente corriente del intrigado público ni siquiera llegó, porque la falta de costumbre hizo que por el camino les dolieran las piernas y se desmoronaran, y después, del miedo a enfrentarse a Platov, salieron huyendo hacia sus casas ocultándose donde pudieron.

Los *silbanzas*, hartos, lanzaron un grito, y en vista de que nadie les abría, sacudieron los goznes de los postigos sin miramientos, pero los goznes eran tan sólidos que no cedieron ni un ápice; entonces empujaron la puerta, pero estaba reforzada por dentro con una tranca de roble. Visto lo visto, los *silbanzas* cogieron un tronco de la calle, lo lanzaron como harían los bomberos contra el alero del tejado e inmediatamente la cubierta de la pequeña casita salió volando. El techo consiguieron quitarlo, pero al instante se vinieron abajo, porque la mansión de madera de los artesanos era muy estrecha, y al *trabajarestos* sin descanso se había formado en el aire tal espiral de sudor

que a una persona no habituada, que entrara del aire libre, le resultaba imposible respirar.

Los mensajeros gritaron:

—¿Qué hacen, canallas? Y todavía osan confundirnos con semejante espiral. ¿Es que después de esto no queda en ustedes ni un rastro de Dios?

Y ellos contestaron:

—Estamos fijando el último clavo. En cuanto lo clavemos, sacamos el trabajo.

Y dijeron los mensajeros:

—Para entonces, Platov nos come vivos y no deja ni el alma de muestra.

Pero los artesanos respondieron:

—No le dará tiempo de tragarlos, porque mientras hablaban, ya metimos incluso ese último clavo. Corran y díganle que ahora mismo se lo llevamos.

Los *silbanzas* salieron pitando pero sin convencimiento: pensaban que los artesanos les habían engañado; por eso corrían, y corrían echando la vista atrás. Pero los artesanos salieron detrás de ellos y se dieron tanta prisa que ni siquiera se vistieron como corresponde para presentarse ante una persona importante, y por el camino iban abrochándose los corchetes de los caftanes. Dos de ellos no llevaban nada en las manos, y el tercero, el zurdo, en un envoltorio verde, llevaba el cofrecito del Zar con la pulga de acero inglesa.

X

Los *silbanzas* corrieron hasta Platov y dijeron:

—¡Aquí están, en persona!

Platov se dirigió a los artesanos:

—¿Está todo preparado?

—Todo preparado —contestaron.

—Dénmelo.

Se lo entregaron.

El carruaje ya estaba enganchado, y el cochero y el postillón en sus puestos. Los cosacos se sentaron al lado del cochero, le levantaron los látigos y así, amenazantes, los mantuvieron.

Platov rompió el envoltorio verde, abrió el cofrecito, sacó de la guata la tabaquera de oro, y de la tabaquera la nuez de brillantes, y vio que la pulga inglesa reposaba tal cual era y que aparte de ella no había nada más.

Platov dijo:

—¿Qué significa esto? ¿Dónde está su trabajo, ese con el que querías reconfortar al soberano?

Los armeros respondieron:

—Aquí está nuestro trabajo.

Platov preguntó:

—¿En qué consiste?

Y los armeros contestaron:

—¿Para qué explicarlo? Todo está aquí, ante sus ojos, obsérvelo bien.

Platov se encogió de hombros y gritó:

—¿Dónde está la llave de la pulga?

—Ahí también —respondieron—. Donde está la pulga, está la llave, en la misma nuez.

Platov quería coger la llave, pero sus dedos eran *torpicortos.* Probaba una y otra vez, pero no podía sujetar

ni la pulga ni la llavecita para darle cuerda en el abdomen. De pronto montó en cólera y empezó a blasfemar a la manera de los cosacos.

Gritaba:

—¡Canallas, no hicieron nada y encima seguro que lo estropearon todo! ¡Les voy a cortar la cabeza!

Y los de Tula le contestaron:

—Nos está ofendiendo en vano. Por ser, como es, enviado del soberano, estamos obligados a aguantarle todas las ofensas. Pero ya que usted desconfió de nosotros y pensó que éramos capaces incluso de burlarnos del nombre del soberano, ahora no le confiaremos el secreto de nuestro trabajo. Tenga la bondad de llevárselo al soberano, él verá qué clase de súbditos tiene y si debe avergonzarse de nosotros.

Y Platov gritó:

—Sigan, sigan mintiendo, canallas. Esto no va a quedar así. Uno de ustedes va a venir conmigo a Petersburgo, y allí ya le arrancaré yo hasta dónde llega su estratagema.

Y con estas, estiró un brazo y enganchó por el cuello con sus *torpicortos* dedos al zurdo bizco de tal manera que volaron por los aires todos los corchetes de la casaca, tiró de él hacía el carruaje y lo dejó a sus pies.

—Quédate ahí como un perro *faltero* hasta que lleguemos a Petersburgo —dijo—. Vas a responder por todos. Y ustedes —dijo a los *silbanzas*—, ¡en marcha! Y no se duerman, que pasado mañana tengo que estar en Petersburgo ante el soberano.

Los artesanos apenas se atrevieron a suplicarle por el camarada: ¿cómo se lo lleva así, sin *burocumentos*? ¡No va a poder volver! Y Platov, en lugar de darles una respuesta, les enseñó el puño. Un puño terrible, *abultarado,* lleno de cortes y costurones, y amenazante, dijo: «¡Aquí tienen los *burocumentos*!».

Y los cosacos dijeron:

—¡Adelante, muchachos!

Cosacos, cocheros y caballos se pusieron en marcha a la vez y se llevaron al zurdo sin *burocumentos* a toda prisa. Transcurrido un día, como ordenó Platov, llegaron

al Palacio Real e incluso, para decirlo todo, se pasaron de largo por delante de las columnas.

Platov se incorporó, se prendió todas sus condecoraciones y pasó a presencia del soberano, dejando al zurdo bizco en la entrada, bajo la custodia de los *silbanzas* cosacos.

XI

Platov temía presentarse ante el soberano, porque Nicolás I era terriblemente observador y tenía una gran memoria, no olvidaba nada. Platov estaba seguro de que le preguntaría por la pulga. Y aunque no había enemigo en el mundo al que temiera, en esta ocasión estaba acobardado: entró al palacio con el cofrecito y sigilosamente lo depositó tras la estufa de una de las salas. Una vez hubo escondido el cofrecito, Platov se presentó ante el soberano en su gabinete y comenzó a informar con prisa sobre las apasionadas conversaciones que había mantenido en el apacible Don con los cosacos. Pensaba: «con esto entretendré al soberano; por supuesto, si el soberano se acuerda y comenta algo acerca de la pulga habrá que dársela y responder, pero si no comenta nada, entonces a callar, pedir al ayudante de cámara que esconda el cofrecito y meter al zurdo de Tula en una *calamata*[9] de la fortaleza durante un tiempo indefinido, por si se le necesita».

9 Casamata convertida en calabozo.

Pero Nicolás I no se había olvidado de nada, y en cuanto Platov terminó de dar cuenta de las apasionadas conversaciones que había mantenido, le preguntó:

—Y entonces, ¿cómo han demostrado su habilidad mis artesanos de Tula frente a la *ninfusoria* inglesa?

Platov respondió conforme a la impresión que él tenía sobre el asunto.

—Su alteza —dijo—, la *ninfusoria* sigue estando en su lugar, yo la traje de regreso, pero los artesanos de Tula fueron incapaces de hacer algo espectacular.

El soberano respondió:

—Esto que me dices, venerable anciano, no puede ser cierto.

Platov intentó convencerle y le relató cómo había ocurrido todo, y cuando llegó al punto en que los de Tula le habían pedido que le enseñara la pulga al soberano, Nicolás I le dio una palmada en el hombro y le dijo:

—Tráela acá. Sé que los míos no pueden defraudarme. Seguro que han hecho algo que escapa a nuestro entendimiento.

XII

Trajeron el cofrecito de detrás de la estufa, le quitaron el envoltorio de paño, abrieron la tabaquera de oro y la nuez de brillantes, y dentro reposaba la pulga: tal como era antes, así reposaba.

El soberano miró y dijo:

—¡Qué osadía es esta! —Pero su fe en los artesanos rusos no flaqueó.

Mandó llamar a su queridísima hija Alexandra Nikolayevna y le ordenó:

—Los dedos de tus manos son muy finos. Coge la pequeña llave y da cuerda rápidamente a esta *ninfusoria* en la maquinaria de su barriga.

La princesa empezó a dar vueltas a la llave y entonces la pulga comenzó a agitar las antenas, pero las piernas no las movía. Alexandra Nikolayevna dio toda la cuerda, pero la *ninfusoria* seguía sin bailar ninguna *danse*, ni tan solo una *probariación*, como las de antes.

Platov palideció y gritó:

—¡Ah, hijos de perra! Ahora entiendo por qué a mí no quisieron decirme nada. Menos mal que me traje a uno de esos imbéciles conmigo.

Con estas palabras salió disparado hacia la entrada, agarró al zurdo por los pelos y empezó a zarandearlo de acá para allá, de tal manera que perdió varios mechones. Cuando Platov dejó de golpearle, se repuso y dijo:

—Así me arrancaron todo el pelo cuando era un aprendiz, pero no sé por qué tengo que volver a pasar ahora por todo esto.

—Esto se debe —dijo Platov— a que yo confié en ustedes y di la cara por ustedes y ustedes estropearon una rareza.

El zurdo contestó:

—Nosotros te agradecemos mucho que nos hayas protegido, pero estropear, nosotros no estropeamos nada: coja el más potente de los *pequescopios* y mire.

Platov volvió corriendo a contar lo del *pequescopio*, y aún amenazó con el dedo al zurdo:

—¡Todavía acabo dándote! —le dijo cubriéndole de insultos.

Y ordenó a los *silbanzas* que le retorcieran los brazos hacia atrás aún más fuerte. Él mismo subió los escalones jadeando y rezando una oración: «Bendita Madre del Rey Bendito, purísima e inmaculada», y lo que sigue. Pero los cortesanos que estaban en los escalones le daban la espalda y pensaban: «Platov cayó en desgracia y ahora le echarán de Palacio. Y es que nadie le aguantaba a causa de su bravura».

XIII

Apenas transmitió Platov las palabras del zurdo, el soberano habló con alegría:

—Yo sé que mis súbditos rusos a mí no me engañan —y pidió que le trajeran un *pequescopio* en un cojín.

El *pequescopio* le fue dado al instante. El soberano cogió la pulga y la colocó bajo la lente, primero de espaldas, después de costado, después patas arriba, en una palabra, le dio mil vueltas, la miró por todos los lados, y no vio nada. Pero el soberano aun así no perdió su fe y simplemente dijo:

—Traigan aquí, ante mí, ahora mismo, a ese armero que está en los sótanos.

Platov observó:

—Hay que vestirle. Está con lo que llevaba puesto cuando lo cogimos y ahora tiene muy mal aspecto.

El soberano respondió:

—No importa, tráiganlo como está.

Platov le dijo al zurdo:

—Bien, ahora ve tú mismo, tal cual estás, y responde ante el soberano.

Y el zurdo respondió:

—Y qué. Tal cual voy y respondo.

Fue como estaba: con el calzado destrozado, una pernera metida por la bota y la otra al viento, una vieja camisola, los corchetes desabrochados, algunos perdidos, y con el cuello roto, pero eso no importaba, no le turbaba.

«¿Qué pasa? —pensaba—. Si el soberano desea verme, yo debo ir; y si no tengo conmigo *burocumentos*, no es problema mío, se lo digo y le explico por qué».

En cuanto entró el zurdo e hizo su reverencia, el soberano le dijo:

—¿Qué significa esto, amigo? Nosotros lo hemos mirado y remirado, la hemos puesto bajo el *pequescopio*, y no hemos observado nada extraordinario.

Y el zurdo respondió:

—Así que usted, Su Majestad, tuvo la bondad de mirar.

Los cortesanos le reprobaron: ¡No se habla así! Él no entendía que, en Palacio, es preciso hablar con lisonja o picardía, y él hablaba con sencillez.

El soberano les dijo:

—Déjenlo en paz, que responda como sabe.

Y le aclaró:

—Nosotros —dijo— la pusimos así. —Y colocó la pulga en el *pequescopio*—. Mira tú mismo, no se ve nada.

El zurdo respondió:

—Así, Su Alteza, a esa escala, no es posible ver nada, ya que nuestro trabajo es mucho más secreto.

El soberano preguntó:

—¿Y cómo hay que hacer entonces?

—Es necesario —dijo— colocar solo una pata en todo el *pequescopio* para verla en detalle y observar detenidamente cada uno de los taloncitos en los que se apoya.

—Por Dios te lo pido, explícate —dijo el soberano—. ¡Eso es demasiado pequeño!

—Qué le voy hacer si es la única manera de apreciar nuestro trabajo —respondió el zurdo—. Entonces se pondrá de manifiesto cuanto en él hay de sorprendente.

Tumbaron la pulga como dijo el zurdo, y el soberano apenas echó un vistazo por la lente superior cuando resplandeció de satisfacción. Cogió al zurdo, tal y como estaba, sucio y cubierto de polvo, sin lavar, lo abrazó y lo besó, y después se volvió hacia todos los cortesanos y dijo:

—¿Ven? Yo sabía mejor que nadie que mis súbditos rusos no me defraudarían. Miren, por favor: ¡los muy granujas han cogido a la pulga inglesa y le han puesto herraduras!

XIV

Empezaron a pasar todos y a mirar: efectivamente la pulga estaba herrada en todas las patas con auténticas herraduras. Y el zurdo informó que esto no era lo único asombroso.

—Si tuvieran un *pequescopio* mejor —dijo—, de cinco millones de aumentos, tendrían ustedes la bondad de ver que en cada herradura figura el nombre del artesano ruso que la hizo.

—¿Y tu nombre está aquí? —preguntó el soberano.

—No, de ninguna manera —respondió el zurdo—, el mío es el único que no está.

—¿Y eso por qué?

—Porque —dijo— yo hice un trabajo más fino que estas herraduras: yo fui el que puso los clavos que sujetan las herraduras, y para eso sí que no hay *pequescopio* que valga.

El soberano preguntó:

—¿Dónde tienen su *pequescopio*, ese con el que

pudieron hacer esta maravilla?

Y el zurdo respondió:

—Somos gente pobre, y debido a nuestra pobreza no tenemos *pequescopio* propio; pero tenemos una vista muy aguda.

Llegados a este punto, los otros cortesanos, al ver que el asunto del zurdo había salido bien, empezaron a besarle, y Platov le dio cien rublos y le dijo:

—Perdóname, hermano, siento mucho haberte tirado del pelo.

Y el zurdo respondió:

—Dios perdona, nosotros ya estamos curados de espantos.

Y no dijo nada más, ni nunca más tuvo con quien comentar, por cuanto el soberano ordenó inmediatamente guardar la *ninfusoria* herrada y enviarla de vuelta a Inglaterra como si fuera un regalo, para que allí comprendieran que a nosotros esto no nos asombra.

El soberano dio órdenes para que con la pulga fuera un correo principal, versado en todas las lenguas, y que a este le acompañara el zurdo, para que él mismo pudiera enseñar el trabajo a los ingleses y explicarles qué clase de artesanos tenemos en Tula.

Platov le hizo la señal de la cruz:

—Qué Dios te bendiga —dijo—. Para el camino, te haré llegar mi propia kizliarka. No bebas ni poco ni mucho, sino todo lo contrario.

Así lo hizo: se la envió.

Pero el conde *Akiselado*[10] ordenó que lavaran al zurdo en los baños populares de Tuliakov, le arreglaran el pelo en la peluquería y lo vistieran con un caftán de gala, como el que usan los cantores de la corte, de manera que pareciera que ostentaba algún rango.

En cuanto lo acondicionaron, se prepararon para el viaje tomando té con la kizliarka de Platov, apretaron

---

10 Kiselvrode en lugar de Nesselvrode, apellido del Ministro de Asuntos Exteriores de Rusia entre 1822 y 1856. Vrode significa «como», «parecido a»; Kisel es el nombre que en Rusia se da a la mermelada que incluye almidón en su elaboración; Nessel viene del alemán y significa «ortiga».

los cinturones lo más fuerte que pudieron, para que no les bailaran las tripas, y lo condujeron a Londres. Aquí comienzan las aventuras del zurdo en el extranjero.

XV

El correo y el zurdo viajaron a tal velocidad que entre Petersburgo y Londres no pararon a descansar en ninguna parte. Lo único que hacían en cada posta era apretarse el cinturón un agujero más para que los intestinos no se les enredaran con los pulmones. Y como el zurdo, después de su presentación ante el soberano, por indicación de Platov, tenía permiso para hartarse de vino a cargo del erario público, con él se iba manteniendo y atravesó Europa cantando canciones rusas, solo que hacía el estribillo a la extranjera: «*Ay liulí, sé tré yolí*».[11]

En cuanto llegaron a Londres, el correo se presentó ante quien debía y entregó el cofrecito. Al zurdo lo había dejado en una habitación de hotel, pero allí se aburrió enseguida, y quiso comer. Llamó a una puerta y señaló su boca a un sirviente, quien le condujo al comedor.

Se sentó el zurdo a la mesa y allí permaneció sentado, porque en inglés no sabía pedir nada de nada. Pero

11 *C'est très jolie.*

después tuvo una idea: simplemente golpeó la mesa con un dedo y señaló con él su boca. Los ingleses se dieron cuenta y le llevaron cosas, solo que no siempre eran las más idóneas, pero él, lo que no le gustaba, no lo cogía. Le ofrecieron uno de sus platos, *gelatuding* caliente en llamas. Dijo: «No sabía que se podía comer semejante cosa», y no lo probó. Se lo cambiaron y le trajeron otra comida. Ni el vodka de ellos bebió, porque era verdoso, como si lo hubieran metido en vitriolo. Escogió solo cosas naturales, y tras engullir unas berenjenas, esperó al correo al fresco.

Las personas a las que el correo entregó la *ninfusoria* la examinaron inmediatamente con el más potente *pequescopio* y anotaron sus observaciones en el registro *publicíaco* para que saliera al día siguiente en el *difamatín.*

—Queremos ver en persona al artesano que ha hecho esto —dijeron.

El correo los acompañó a la habitación, y de allí al comedor, donde nuestro zurdo había empezado a ponerse colorado sin perder la compostura.

—¡Ahí está!

Los ingleses dieron al zurdo palmaditas en la espalda y le estrecharon la mano como a un igual. «*Camreid*[12] —dijeron—, *camreid*, buen artesano, queremos hablar contigo pausadamente, pero ya lo haremos después, ahora bebamos por tu bienestar».

Pidieron vino en grandes cantidades, y sirvieron al zurdo la primera copita, pero él con cortesía rechazó beber antes que nadie: «Puede ser que quieran envenenarme por envidia», pensó.

—No —dijo—, esto no está bien: cada cual es rey en su casa, así que coman ustedes antes.

Los ingleses probaron todos los vinos ante él y a continuación le sirvieron. Se levantó, se persignó con la mano izquierda y bebió a la salud de todos.

Se dieron cuenta de que se persignaba con la mano izquierda y le preguntaron al correo:

—¿Qué es, luterano o protestante?

El correo respondió:

12 Pronunciación inglesa de «camarada».

—No, no es ni luterano ni protestante, profesa la fe rusa.

—¿Y por qué se persigna con la mano izquierda?

El correo dijo:

—Es zurdo, y todo lo hace con la mano izquierda.

Los ingleses aún se asombraron más y empezaron a emborrachar con el vino al zurdo y al correo, y así pasaron tres días completos. Después dijeron: «Ya está bien». Tomaron agua con *erfix* de un *sinfón* y, totalmente recuperados, empezaron a preguntar al zurdo dónde y qué había estudiado, y hasta qué punto conocía la aritmética.

El zurdo contestó:

—Nuestra ciencia es sencilla: se basa en el Salterio y el *Polusonnik*[13]; de aritmética no tenemos ni idea.

Los ingleses se intercambiaron miradas y dijeron:

13 Libro que se utilizaba para descifrar los sueños.

—Es increíble.

Y el zurdo les respondió:

—En nuestro país, esto es así en todas partes.

—¿Y qué es eso del *Polusonnik* que dice usted que hay en Rusia? —preguntaron.

—Eso —dijo— es un libro, al que se acude si en el Salterio alguna de las profecías del rey David no queda clara; entonces, con el *Polusonnik* se descifra completamente.

Ellos dijeron:

—Es una pena. Sería mejor si ustedes conocieran la aritmética, aunque solo fueran las cuatro reglas; eso les resultaría mucho más provechoso que todo el *Polusonnik*. Entonces podrían comprender que en cada máquina hay un cálculo de fuerzas. En este caso, a pesar de la destreza de sus manos, no se han dado ustedes cuenta de que una máquina tan pequeña como la *ninfusoria* está calculada con la máxima exactitud, y no puede llevar herraduras. Ahora, a causa de las herraduras, la *ninfusoria* no salta ni baila ninguna *danse*.

El zurdo estuvo de acuerdo.

—Sobre esto —dijo— no hay discusión, nosotros no nos guiamos por la ciencia sino por la fidelidad a la verdad de nuestros padres.

Los ingleses le dijeron:

—Quédese con nosotros, le daremos una gran formación, y se convertirá en un artesano extraordinario.

Pero en esto el zurdo no estaba de acuerdo.

—En casa tengo a mis padres.

Los ingleses se ofrecieron a enviar dinero a sus padres, pero el zurdo no lo aceptó.

—Nosotros somos fieles a nuestra patria. Además, mi padre ya es un anciano y mi madre, una anciana, y están acostumbrados a ir a la iglesia en su parroquia, y yo aquí solo me voy a aburrir mucho, porque todavía estoy soltero.

—Se acostumbrará enseguida —le dijeron—, adopte nuestra religión, y nosotros le casamos.

—Eso —respondió el zurdo— no ocurrirá nunca.

—¿Por qué?

—Porque nuestras creencias rusas —respondió— son las más correctas, y como creyeron nuestros *verdabuelos,* así exactamente debemos creer sus descendientes.

—Usted —dijeron los ingleses— no conoce nuestra fe: nosotros también observamos las leyes del cristianismo y cumplimos el mismo Evangelio.

—El Evangelio —respondió el zurdo—, evidentemente, es uno para todos, pero nuestros libros son más gruesos que los de ustedes y nuestra fe más completa.

—¿Cómo puede hacer ese juicio de valor?

—En nuestro país —contestó— tenemos todas las pruebas necesarias.

—¿Cuáles?

—Tales —dijo— nosotros tenemos iconos divinos, cabezas *sepulturantes* y reliquias, y ustedes nada. Ni

siquiera, excepción hecha del domingo, tienen ninguna fiesta de guardar, y en segundo lugar, a mí vivir con una inglesa, aunque estuviéramos unidos por ley, me turbaría mucho.

—¿Cómo así? —preguntaron—. No sea tan desdeñoso: nuestras mujeres también van vestidas muy limpias y son muy buenas amas de casa.

Y el zurdo replicó:

—Yo no las conozco.

Los ingleses respondieron:

—Eso no importa, puede conocerlas: nosotros organizaremos un *grandevú*.

El zurdo se sonrojó:

—Para qué marear a las chicas sin necesidad —dijo, y se negó—. El *grandevú* es asunto de señores, a nosotros no nos va. Además, si se enteran de esto en casa, en Tula, me convierto en el hazmereír de mis paisanos.

Los ingleses sintieron curiosidad:

—Sin *grandevú,* ¿cómo se las arreglan ustedes para hacer la elección más adecuada?

El zurdo les explicó nuestro sistema.

—En nuestro país —dijo—, cuando un hombre quiere una relación seria con una chica, le envía a una casamentera, y en cuanto ella encuentra un pretexto, entonces gentilmente van juntos a su casa y el hombre mira a la chica sin derretirse, delante de todos los parientes.

Ellos lo entendieron, pero respondieron que en Inglaterra no tenían casamenteras ni existía esa costumbre, y el zurdo dijo:

—Mejor que mejor, ya que si uno se dedica a estos asuntos, debe ser con intenciones firmes, y como yo eso no lo siento hacia una nación ajena, ¿para qué marear a las chicas?

Los ingleses le apreciaban por estos razonamientos, tanto que empezaron de nuevo a darle palmaditas en la espalda y en las rodillas con satisfacción, y preguntaron:

—Solo por curiosidad —dijeron—, nos gustaría saber qué defectos observó en nuestras chicas para que huya así de ellas.

A estas alturas, el zurdo ya les contestó sinceramente:

—Yo no las critico, simplemente no me gusta cómo se les agitan las ropas, eso sin tener en cuenta que no hay quien entienda qué llevan puesto y con qué necesidad: aquí, una cosa cualquiera, y más abajo todavía, otra cosa prendida con alfileres, y en las manos, una especie de calcetines. Y ya con la esclavina de algodón aterciopelado, parecen exactamente monas pelicortas.

Los ingleses se rieron y dijeron:

—¿Y qué impedimento ve en eso?

—Impedimento —respondió el zurdo—, ninguno. Solo recelos de que me de vergüenza mirar y esperar a que ella se libere de todo eso.

—No me diga que su moda es mejor —dijeron.

—Nuestra moda en Tula —respondió— es simple:

cada una va con sus encajes, y nuestros encajes los llevan incluso las más grandes damas.

Entonces ellos también le presentaron a sus damas y le agasajaron con té.

—¿Por qué frunce el ceño? —le preguntaron.

Él les respondió que nosotros no estamos acostumbrados a lo dulce. Entonces se lo dieron al estilo ruso, con un terrón de azúcar para chuparlo al tiempo que bebía el té. A ellos les parecía que así era peor, pero él dijo:

—Para nuestro gusto así es más gustoso.

Los ingleses no conseguían confundirlo con nada para que se dejara seducir por su estilo de vida, solo le convencieron de que aceptara su invitación de quedarse con ellos durante algún tiempo, y en ese tiempo le llevarían a diferentes fábricas y le enseñarían todas sus creaciones.

—Y después —dijeron—, nosotros le llevaremos en nuestro barco y le dejaremos sano y salvo en Petersburgo.

En eso el zurdo estuvo de acuerdo.

XVI

Los ingleses se hicieron cargo del zurdo y enviaron al correo de vuelta a Rusia. El correo tenía rango y había estudiado diferentes idiomas, pero no les interesaba, les interesaba el zurdo. Llevaron al zurdo de un lado para otro y todo se lo enseñaron. Él observaba toda su producción, las fábricas de metalurgia y los aserraderos de jabón, y su sistema de administración le gustó mucho, especialmente la forma de tratar a los trabajadores. Cada trabajador está permanentemente saciado, vestido no con harapos, sino con un chaleco apropiado para cada ocasión, calzado con gruesas botas con refuerzos de hierro, para evitar el más mínimo rasguño en las piernas. Trabaja no con golpes sino con enseñanzas, y comprende lo que hace. Ante cada uno, a la vista, cuelga una *empollatabla* de multiplicar y todos tienen a mano un encerado: para todo lo que hace, el artesano mira la *empollatabla* de multiplicar y verifica a conciencia, y después uno escribe en la pizarra, otro la borra y hace el cálculo con exactitud: lo que queda escrito en cifras es lo que se produce. Y cuando llega una fiesta, se reúnen por parejas, cogen un bastón y se van a pasear decentemente, con nobleza, como es debido.

El zurdo observaba todo lo que correspondía a su vida y su trabajo, pero lo que más le llamó la atención fue algo que extrañó mucho a los ingleses: no le atrajo tanto cómo hacían las nuevas armas, sino el estado en el que mantenían las viejas. A todo le daba vueltas, lo elogiaba y decía:

—Esto también podemos hacerlo nosotros.

En cuanto llegó a donde estaban las armas antiguas, metió los dedos en el cañón, palpó las paredes y suspiró:

—Esto —dijo—, en comparación con lo nuestro, es muy superior.

Los ingleses no eran capaces de adivinar qué había percibido el zurdo, quien preguntó:

—¿Podría saber yo si esto lo vieron nuestros generales alguna vez?

Le dijeron:

—Los que estuvieron aquí, debieron verlas.

—¿Y cómo iban? —preguntó—. ¿Con guantes o sin guantes?

—Sus generales —dijeron— iban de gala, siempre con guantes, o sea que aquí también irían así.

El zurdo no dijo nada. Pero de pronto empezó a sentirse incómodo y nostálgico. Comenzó a añorar y a añorar, y dijo a los ingleses:

—Estoy profundamente agradecido por todos sus agasajos, estoy realmente satisfecho con todos ustedes y todo lo que necesitaba ver ya lo vi. Ahora lo que quiero es irme a casa cuanto antes.

No hubo nada con lo que pudieran retenerle. Por tierra firme era imposible dejarle ir, ya que no conocía todas las lenguas, y navegar no era lo mejor, ya que el tiempo era otoñal, tempestuoso, pero aun así, él insistía en que le dejaran irse.

—Miramos el *tormentómetro* —dijeron— y habrá tormenta. Puedes hundirte, esto no es nuestro golfo de Finlandia, es el auténtico mar *Braviterráneo.*

—Me da igual dónde morir —respondió—. Todos sabemos que eso depende de la voluntad de Dios. Mi deseo es ir cuanto antes a mi tierra natal, porque de otro modo puedo cometer una locura.

No le retuvieron a la fuerza: le alimentaron, le dieron dinero en abundancia, le regalaron como recuerdo un reloj de oro con *tiembletidor* y para el frío de finales de otoño le dieron un abrigo de bayeta con una capucha para proteger la cabeza del viento. Lo vistieron muy abrigado y lo subieron al barco que partía para Rusia. Acomodaron al zurdo en un camarote de los mejores, como a un auténtico aristócrata, pero a él no le gustaba sentarse en privado con otros señores, le daba vergüenza, así que huyó a cubierta, se sentó bajo la lona impermeabilizada y preguntó: «¿Dónde está nuestra Rusia?».

El inglés al que preguntaba señalaba hacia un lado con la mano o movía la cabeza y él dirigía hacia allí su rostro, para mirar impaciente hacia la patria.

En cuanto salieron de la *bufía* al mar *Braviterráneo* le entró tal desazón por Rusia que no había manera de calmarle. La navegación se hizo terrible, pero el zurdo, abajo, a los camarotes, no se fue. Permaneció sentado

bajo la lona impermeabilizada, tapado con la capucha y mirando hacia la patria.

Los ingleses le llamaron muchas veces para que bajara a un lugar caliente, pero él, para que no le molestaran, incluso comenzó a mentir:

—No —respondía—, estoy mejor aquí fuera. Bajo techo, el balanceo acabaría conmigo.

Así fue todo el tiempo y no salía salvo por causa mayor, algo que gustó mucho al *semimaestre*, el cual, para desgracia de nuestro zurdo, sabía hablar ruso. El *semimaestre* no podía evitar admirarse de que este ruso de tierra firme aguantara con tal gallardía las inclemencias del tiempo.

—¡Muy bien, ruso! —decía—. ¡Bebamos!

El zurdo bebió.

El *semimaestre* dijo:

—¡Otro vaso!

El zurdo volvió a beber y se emborracharon.

El *semimaestre* le preguntó:

—¿Qué secreto de nuestro gobierno te llevas a Rusia?

El zurdo le respondió:

—Eso es asunto mío.

—En ese caso —le respondió el *semimaestre*—, déjame hacer contigo una *apueslla*[14] inglesa.

El zurdo preguntó:

—¿Cuál?

—Esta: no beber nada por separado, beber exactamente lo mismo, lo que beba uno, a continuación lo bebe el otro, y el que supere al otro bebiendo, ese gana.

El zurdo pensó: «El cielo se nubla, la panza se hincha, el aburrimiento es grande, la ruta larga y la tierra natal no se ve por culpa de las olas, así que apostar hará que el viaje sea más entretenido».

---

14 Leskov cambia una letra de la palabra «apuesta», resultando una fusión con «cebolla». Y en efecto, se trata de una competición por capas, por rondas.

—De acuerdo —dijo—. ¡Aceptada!

—Pero sin trampas.

—Sí, hombre —aseguró—, por eso no te preocupes.

Se pusieron de acuerdo y chocaron los cinco.

XVII

Comenzó su apuesta cuando aún estaban en el *Braviterráneo*, y bebieron hasta el peligroso puerto de *Dinaminde*[15], pero iban igualados, ninguno adelantaba al otro, se equiparaban con tal exactitud que cuando uno, mirando al mar, vio cómo el demonio salía del agua, el otro tuvo la misma visión. Solo que el *semimaestre* vio al demonio pelirrojo y el zurdo decía que era oscuro, como *nigérrimo*.

El zurdo dijo:

—Santíguate y dale la espalda, este demonio procede de las vorágines.

Y el inglés le replicó: «Esto es un *buzojo* marino».

—¿Quieres que te tire al agua? —preguntó—. Tú no te preocupes, que él te devuelve a mí.

Y el zurdo respondió:

—Si es así, tírame.

---

15 Mala pronunciación de Dünamünde, puerto letón.

El *semimaestre* lo cogió a hombros y lo acercó a la borda.

Los marineros que vieron esto, los detuvieron e informaron al capitán, quien ordenó que los encerraran a los dos abajo y les dieran ron, vino y comida fría para que pudieran comer y beber y continuar su *apueslla*, pero que no les dieran *gelatuding* caliente flambeado porque se podría inflamar el alcohol que ambos tenían dentro.

Así los llevaron encerrados hasta Petersburgo, y ninguno de los dos ganó la apuesta. Allí los subieron a diferentes carruajes y llevaron al inglés a la casa del embajador en el espolón de los Ingleses y al zurdo, a la comisaría.

A partir de aquí, sus destinos siguieron caminos radicalmente distintos.

XVIII

En cuanto llevaron al inglés a la casa del embajador, llamaron a un matasanos y a un boticario. El matasanos ordenó que lo introdujeran inmediatamente en un baño caliente y el boticario enrolló una pastilla de gutapercha y él mismo se la metió en la boca. Después, los dos juntos lo cogieron y lo tumbaron en un colchón de plumas, lo cubrieron con un abrigo de pieles y lo dejaron sudar. Y para que nadie le molestara, dieron orden de que no se le ocurriera a nadie ni estornudar en toda la embajada. Esperaron al matasanos y al boticario hasta que el *semimaestre* se durmió, y entonces le prepararon otra pastilla de gutapercha, se la dejaron en la mesita de noche y se fueron.

Al zurdo, en cambio, lo tiraron en el suelo de la comisaría y le preguntaron:

—¿Quién eres y de dónde? ¿Tienes pasaporte o algún otro *burocumento*?

Y él por la enfermedad, la bebida y el largo balanceo estaba tan debilitado que no respondió ni una palabra, solo gemía.

Entonces le cachearon, le quitaron la abigarrada vestimenta y el reloj con *tiembletidor*, le requisaron el dinero y el propio comisario ordenó que el primer cochero que pasara le llevara gratis al hospital.

Ordenó a un guardia que lo sentara en el trineo, pero pasó un buen rato antes de que consiguiera parar a un cochero, porque los cocheros huyen de los policías. El zurdo estuvo todo este tiempo tumbado en una fría parada. Cuando por fin el guardia atrapó a un cochero, este no llevaba calientes pieles de zorro, porque en semejantes ocasiones los cocheros escondían las pieles debajo de su asiento, para que a los policías se les helaran los pies enseguida. Así que llevaron al zurdo sin tapar, y al pasarlo de un coche a otro, lo dejaron caer y casi le arrancan una oreja para hacerle volver en sí. Lo llevaron a un hospital, pero allí no admitían sin *burocumentos*, lo llevaron a otro, allí tampoco lo admitieron, y así a un tercero, y a un cuarto: hasta el amanecer estuvieron arrastrándolo por solitarios y retorcidos caminos, trasladándolo una y otra

vez, de manera que acabó completamente magullado. Entonces un enfermero le dijo al policía que le llevaran al hospital público Marvinoski, donde admitían a todos los agonizantes sin fijarse en su condición social.

Allí exigieron un recibo y colocar al zurdo en el suelo de un corredor hasta que lo exploraran.

Al día siguiente, el *semimaestre* inglés se levantó, tragó otra pastilla de gutapercha, tomó un desayuno ligero a base de gallina con *arreoz,* bebió *erfix* y dijo:

—¿Dónde está mi *camreid*? Me voy a buscarlo.

Se vistió y se fue corriendo.

XIX

Fue sorprendente lo rápido que el *semimaestre* encontró al zurdo. Todavía no le habían acostado en una cama, seguía tumbado en el suelo del corredor y se quejó al inglés.

—Yo necesito decir urgentemente dos palabras al soberano —dijo.

El inglés corrió a donde el conde Kleinmijel[16] y organizó un escándalo:

—¡¿Cómo es posible?! En él —dijo—, aunque tenga piel de animal, hay una alma humana.

El inglés fue expulsado de allí por ese razonamiento, para que no osara volver a mencionar el alma humana. Y después alguien le dijo: «Más te valdría ir a donde el cosaco Platov, él tiene sentimientos sencillos».

---

16 Conde Piotr Andreyevich Kleinmijel (1793-1869). Ministro de Obras Públicas entre 1842 y 1855, había sido desde 1832 oficial de guardia del Estado Mayor y director de las instalaciones militares desde 1835.

El inglés localizó a Platov, quien otra vez yacía en el lecho del despecho. Platov le escuchó y se acordó del zurdo.

—En fin, hermano —dijo—, llegamos a tener una amistad muy íntima, incluso le tiré del pelo. Pero no sé cómo ayudarle en esta desgraciada situación, puesto que yo ya estoy completamente retirado. Sufrí una *ejeplejía* completa y ya no me respetan. Tú corre al comandante Skobelev[17]. Él tiene poder y también tiene experiencia en estos asuntos. Algo hará.

El *semimaestre* se fue a donde Skobelev y se lo contó todo: la enfermedad que tenía el zurdo y cómo había enfermado. Skobelev dijo:

—Yo comprendo esta enfermedad, pero los alemanes no la pueden curar[18].

Aquí hace falta un doctor que venga de una familia eclesiástica, porque crecieron entre estas cuestiones y

17 Iván Nikitich Skobelev (1778-1849). General desde 1839, era el comandante de la fortaleza de Pedro y Pablo.

18 La mayoría de los médicos militares eran de origen alemán.

pueden ayudar. Ahora mismo envío para allá al doctor ruso Martín-Solski[19].

Pero cuando Martín-Solski llegó, el zurdo ya agonizaba, porque se había desnucado, y solo alcanzó a decir de manera inteligible:

—Díganle al soberano que los ingleses no limpian los cañones con ladrillos: así que no lo hagan aquí tampoco. Dios nos libre de una guerra, porque no valen para disparar.

Y con esta lealtad el zurdo se persignó y expiró.

Martín-Solski se fue inmediatamente e informó de esto al conde Chornishev[20], para que le llevara ante el soberano, pero el conde Chornishev le gritó:

—Ocúpate de tus vomitivos y tus laxantes, y no te metas en asuntos que no te incumben. Para eso hay en Rusia generales.

---

19 Martín Smitriévich Martín-Solski (1798-1881). Miembro del Consejo Médico del Ministerio del Interior.

20 Alexánder Ivanóvich Chornishev (1789-1857). Ministro de la Guerra de 1827 a 1852.

Al soberano no se lo dijeron, y la limpieza continuó haciéndose tal y como se hacía, hasta la campaña de Crimea. Por aquel entonces, cuando cargaban las armas, las balas quedaban holgadas, porque seguían limpiando los cañones con ladrillos.

Entonces Martín-Solski le recordó a Chornishev lo del zurdo y Chornishev dijo:

—Vete al diablo, cánula placentera. Y no te metas donde no te llaman, porque yo lo negaré todo. Diré que nunca te oí decir nada de esto y el rapapolvo lo recibirás tú.

Martín-Solski reflexionó: «Seguro que lo niega», y se calló. Pero si las palabras del zurdo hubieran llegado al soberano en su momento, la guerra de Crimea, con todas sus dificultades, habría tomado un cariz bien distinto.

XX

En la actualidad, todo esto no son más que «asuntos del pasado» y «leyendas de viejos», y aunque estas leyendas no sean muy profundas, no hay que apresurarse a olvidarlas, a pesar de su carácter fabuloso y la naturaleza épica de su héroe principal. El verdadero nombre del zurdo, como ocurre con el nombre de muchos grandes genios, se perdió para toda la posteridad. Pero la fantasía popular se interesó en el mito y lo personificó, y su aventura puede servir para recordar una época cuyo espíritu general ha sido captado con precisión y fidelidad.

No hace falta decir que artesanos como el fabuloso zurdo ya no los hay en Tula: las máquinas han nivelado las desigualdades de talentos y dones y los genios no aspiran a luchar contra la aplicación y la exactitud. Aunque las máquinas favorecen el aumento de los salarios, no favorecen la audacia de los artistas, la cual a veces transgredía las normas e inspiraba la fantasía popular para elaborar leyendas tan fabulosas como la que nos ocupa.

Los trabajadores, por supuesto, saben apreciar las ventajas, las comodidades prácticas que les proporciona la ciencia mecánica, pero evocan a sus antepasados con orgullo y amor. Esta es su épica; una épica, por lo demás, dotada de una genuina «alma humana».

“—Esta pistola es obra de un artesano desconocido e inimitable, único en su género. Uno de nuestros almirantes la arrancó del cinturón del jefe de una banda de ladrones en Candelabria...

Colección
Lima Lee

